

POR EL CAMINO DE LA FARSA...

BARRETO, EL "MINÚSCULO", LE CONFÍA SUS HAZAÑAS A "EL SEÑOR POLICHINELA"

TORERO, TENOR, UN POCO BARBERO Y LUEGO VICTORIOSO COMEDIANTE

JUSTO ELOGIO DEL ACTOR Y DE LA PERSONA

Pedro Barreto, ante todo, es un excelente muchacho, modestísimo, sin vanidad alguna para realizar sus méritos, cualidad verdaderamente insólita entre faranduleros e histriones. Hablar, intuir y ser amigo de Barreto es la cosa más fácil. Como persona educada que es, otra rara avis del comediantes que no ocupa, no hay obstáculo ninguno que se oponga a su trato. Por ser excelente persona, hasta tolera correcciones de su arte sin enojarse, al contrario. De un cómico colocado en la céntrica no puede decirse nada más elocuente.

Dicho esto, una sola advertencia: Barreto no nos ha pagado honorarios por este justo elogio.

Aunque a la conciencia de El Señor Polichinela no le hace falta esta aclaración, con el fin de evitar analogías, lo dice así sin recelos.

Sabemos que hay casos, y...

LA "MALA SOMBRA". LOS OJOS DEL TORO Y LA INTERVENCIÓN DE LA LAVANDERA.

Yo—nos dice Barreto—nací a la sombra de la Alhambra, que debe ser muy mala sombra, pues hasta hace muy poco tiempo la he tenido negra.

Si oyen ustedes hablar por ahí de gritos, no hagan caso. Todo es un dulce susurro en comparación con las que yo me he ganado en mi farandulosa vida. Bueno... farandulosa por completo, no; porque yo he sido también torero.

Cuando Periquito nos dice esto, le castañetea los dientes. Debe tener un miedo cervical.

—Torero, si señores—y le tiemblan las piernas al decirlo—una vez Díaz Domínguez me llevó a una tienda en un cortijo, y... bueno, ¿qué le recordo? Yo creo que para ser torero es necesario ser ciego, para no ver los ojos del toro. Porque, señores, qué ojos los de aquel que yo tenía que matar! Claro que no le maté. A poco me mata a mí en casa, porque en la fauna tuvo que tomar parte la lavandera... ¿A qué decir más? Desengañado de la tauromaquia, como yo entonces tenía una voz bastante bonita, decidí dedicarme, aunque sin aficiones, a las tablas.

EN ALMERÍA. EL DEBUT. ÉXITOS. MUERTE Y SEPULCRO DE UN CALEÓN QUE ENFERMO DE UN HARTAZGO.

Y una buena noche, cuando yo tenía diez y nueve años, debuté en Almería con Bohemios. Gusté bastante, y aquel primer éxito, conseguido en tan poca costa, me alentó mucho. ¿Para qué decirles lo contento que yo estaba aquel día?

En triunfal carrera recorrí las provincias de Murcia y Almería y demás de la tierra andaluza. Aún no había empezado la etapa de gritos.

Rosendo una ocasión en que andábamos por la provincia de Cádiz. ¿Qué temporada tan desastrosa! La mayor parte de los días teníamos que cumplir con las preces cuarentenarias, pues el ayuno era el pan nuestro. Yo siempre he sido muy amante de todos los animales, y no sé si sabrán ustedes que en el Puerto de Santa María abundan los camaleones que es un primor.

Bueno, pues para tomar ejemplo de la sobriedad de estos animalitos, cuyo único alimento es el aire, cogí uno y me lo colgué en la solapa. Todos los artistas de la compañía nos pasábamos las horas contemplando el camaleón y tomando lecciones de él. ¿Qué admirables hubieran sido aquellas enseñanzas... si no hubiese sido posible llevarlas a la práctica! Pero, ¡ay!, como nosotros sin dar trabajo a nuestros estómagos no podíamos vivir, no comprendíamos aquella rara virtud del camaleón, y un amigo, diestro cazador, mató unas cuantas moscas, que en breve fueron pasto del animalito.

¡Si hubieran ustedes visto cómo se las engulló el bicho!... Ya podíamos estar tranquilos; pues que nuestro maestro había podido, bien podíamos nosotros imitarle.

Pero pronto nuestra alegría se trocó en pena, pues el animalito murió a consecuencia del descomunal harto que había comido.

Decidimos tener un día completo en la capilla ardiente, por ver si resucitaba, y luego, con gran pompa, le hicimos un entierro que ya le quisieran para sí muchos señores.

Después de meter el cadáver del camaleón en la caja, que era de papel, nos encaminamos toda la compañía, con gran aparato, a un riachuelo próximo, y, después de rezar devotamente un Padrenuestro por el eterno descanso de su alma, le arrojamos a las turbulentas aguas.

Si ustedes hubieran visto cuán tiernamente lloraban algunas compañeras...

EL PELIGRO DE USAR MEDIAS "KAKI".

En otra ocasión me ocurrió algo que estuvo a punto de degenerar en tragedia.

Formaba yo entonces parte de la compañía de Pilar Pérez, y gustaba extraordinariamente en mis papeles de tenor cómico.

Trabajábamos en Toledo, y me ganaba cada ovación... Pero de las verdaderas, ¿eh?

Una noche, en que teníamos que hacer El Jefe de la Africana, como carecía de polainas, tuve que ponerme unas medias kaki.

El público, que me vio de aquella guisa disfrazado, empezó a meterse conmigo. Y he aquí por donde estaba en una butaca el empresario, que acababa de contratar a nuestra compañía para dar unas funciones en Linares, y dijo a Pilar que el único que no le gustaba era el tenor cómico; es decir, yo, y que había contratado otro en Madrid, que se uniera a nosotros en Algeciras.

De nada sirvieron los ruegos y explicaciones de Pilar. El hombre no se ablandaba. Y como nadie se atrevía a comunicármelo, decidieron enterarme de todo en el tren.

Así lo hicieron, y yo, indignado, no quise continuar con ellos, y me apapé en Algeciras, donde me quedé a pie y sin dinero ni contrata.

No vuelvo a usar medias kaki!

IN EL NOVIQUÉ. DE SAN BERNARDO. TRES ALEGRIAS DE LA HUERTA. [MIS CUATRO PESETAS] [BARBERO] AL GRAN TEATRO. EPILOGO ZARZUELO VERDADERAMENTE TRAGICO.

En La Cornisa, Barreto quedóse una vez a pie libre. Para regresar a Madrid tuvo necesidad de aprovechar un kilométrico... de favor. Si no es por esto termina como empleado de las pesquerías.

Llegó a la corte el día 2 de Agosto de 1906, después de un viaje de cerca de una semana, e inmediatamente se dirigió a la conquista del Noviciado.

Cuando Barreto encaminóse a buscar a los empresarios del Noviciado iba dispuesto a todo. Si le piden que se hubiese quedado de amanuense, como servidor de la tramoya hubiera prestado sus servicios en aquel teatro.

Pero no habían de solucionar así las cosas. Se ofreció a la Empresa incondicionalmente, y ésta, muy circunspecta, lo contrató por una semana de ensayo, a prueba. Había de

cantar La alegría de la huerta, como obra de examen para sus facultades, y si gustaba, le darían cuatro pesetas diarias.

Debutó aquel mismo día—dice Perico—, y desde la sección especial de las asis y media, hasta la última de las once, canté ¡tres alegrías! En vida tuve tanta sobre mí. Gusté en la primera, y sin detenerme un solo instante, me fui a decirle a la Empresa:

—Señores, yo he gustado y deben serme dados los diez y seis reales convenidos.

Y así fué.

Hicimos en el Coli una gran temporada; nada ni nadie pudo suponer la catástrofe.

Pero vino inexorable para mí, y al quedarme a los once meses sin trabajo, todo se puso nebuloso, verdaderamente negro de humo.

Como que agarrarse a la navaja barberil, y en una peluquería de la calle de la Palma embellicar diariamente a viejos y mozas. ¡Si ustedes supiesen las ganas que me comían muchas veces de degollar a uno!.

Aquello era horrible... Yo, una gloria escénica, un tenorino a su gairresco, rapando barbas ciudadanas! Si dura mucho la situación me hago fraile...

Surgió de pronto Pablo Arana, en figura de Méneles, y me contrató para el gran teatro con siete pesetas. Hicimos una campaña regular, estrenando, entre otras obras, Dora, la viuda alegre, y en premio a mis méritos, me subieron unas pesetas en el sueldo.

En esto se quemó la Zarzuela, y con un resto de compañía del coloso de la calle de Jovellanos fui a Barberil con dos duros. Creyéndome perdido, dije a mi familia y a Madrid. Mas ¡ay! que la suerte no me quería todavía como hijo predilecto de sus fervores y desde poca después empezaron las fatigas inhóspitas, abrumadoras... Eviten ustedes que les diga lo que pasó, porque aquel paisaje de mi vida aún me da frío... hasta en Agosto.

GRITAS A GRANTEL. EL PÚBLICO HA ODIADO MORTALMENTE A BARRETO.

Y después, ¡ay!, después—nos dice Barreto—empezaron para mí las oraciones de céntrica de bastón.

Perdí la voz (vamos, tanto como perderla, no; quiero decir que quedé en un estado de muda), y cuando debuté en Madrid, ¡Dios mío, las gritas que a mí me han dado en aquel teatro! Como para volverse sordo.

El público la había tomado conmigo, y lo mismo era salir yo a escena que protestar el ruidoso desprecio de mi presencia. Yo he sido un cómico paletado, si los hay.

Pura que juzguen ustedes de la injusticia con que al apoltrillar a gritos procede el público, les voy a contar un caso que a mí me ocurrió en aquel teatro.

En aquel entonces se nos dio para estrenar una obra que llevaba el título de La Virgen de Úbeda. Compañecidos de mí, me confiaron un papel de la mayor importancia; uno que tenía que cantar dentro. ¡Yo, que tenía un miedo horrible a la música y me asustaba hasta los grillos!...

Calculen mi sorpresa el día del estreno, cuando me llegó el turno y sentí que premiaban mi labor con una calurosa ovación, y tuve que repetir la coplita. No cabía duda de que los patos que yo me había ganado fueron completamente injustificados, y debidos sólo a la anticipada personal que el público por mí sentía. Pero, por fin, aunque sin saber qué era yo, me hacía justicia. Cuando se enterara y viera la injusticia cometida... ¡oh, qué alegría!

Pero esta confianza me perdió. Una noche cometi la imprudencia de cantar mi papel desde la primera caja. El público, que me vio, se orrancó con el pato más formidable que he oído en mi vida, y que, desde aquella noche, se repitió en cuantas representaciones de La Virgen se dieron.

¡Me odiaban a muerte!...

Estuve luego en El Paraíso, con Ballester y Blanquita Suárez, y... ¡también allí!

—Pero, hombre, ¿cómo puede ser eso? ¿Le pateaban sobre la cabeza?

No, dando golpes en los sombreros de paja.

DESESPERACIÓN. LA DUDA DE HAMLET. ¿LA OPERETA?

—Si me promete no contarle lo diré que en más de una ocasión he pensado en el suicidio. Como lo oye. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Torero?... No, no quería que las lavanderas se enriquecieran a mi costa; barbero, nunca, y cómico no podía ser, por lo visto.

Dolidísimo ante mi fracaso como tenor cómico, empezaba a desesperar, cuando un buen día me propusieron ir de actor al teatro de la plaza de España, que entonces se llamaba del Vodevil, y hoy A. B. C.

Allí no desgracié del todo al respetable, y cuando terminó la temporada en aquel teatro, me contrataron en Eslava para lo que hiciera falta.

UN "DEBUT" DE CUIDADO. EMPIEZAN LOS ÉXITOS.

En Eslava estuve quince días lo menos cobrando sin trabajar. Pero, por fin, en un estreno que se preparaba, La mujer ideal, me dieron un papelito.

Y gusté bastante en aquella obra; pero un día... ¡ay, qué fatiga pesó yo aquel día!

Calculen ustedes a Eslava con opereta un domingo por la tarde con A ver si cuidas de Amelia en el programa... Bueno, pues todo eso calculado, fíjense ustedes que cerca de las seis y media de la tarde, cuando debía empezar la función, llega el aviso de que el primer actor estaba enfermo.

La Empresa me llamó y me dijo que había de sustituirle aquel día.

¡Ay, qué miedo! ¡Yo, nuevo por completo!...

Pero, en fin, hice de tripas corazón, y consideré que no arriesgaba nada en la prueba, pues lo más que me podía suceder era que me largaran una grita, ¡y estaba tan acostumbrado a ellas!...

Y así valerosamente a escena. El público hizo un gesto de extrañeza ante aquel desconocido, y se oyeron algunos murmullos. Yo hice señas de que me dejaran hablar, y se callaron; empezó a recitar y gusté mucho, y me aplaudieron.

Desde entonces he tenido mucha suerte, mucha, y el público, que había sido mi más irracional enemigo, se convirtió en un amigo cariñosísimo.

Fui al Reina, y allí me tienen. No sé si esto tendrá interés, porque mi vida artística es muy oscura... No, no digan ustedes que es interesante, porque no puede haber nada más tanto...

UNA PEQUEÑA MANIA DE EL SEÑOR POLICHINELA. UN REGALO ORIGINAL.

El lector asiduo, íntimo amigo nuestro, habrá observado que El Señor Polichinela tiene una pequeña manía: la de que los actores

muñados han de referirle algún secreto amoroso.

—Como que fuimos a dejar escapar a Periquito sin preguntarle... ¡Bueno! Pero hemos de confesar a ustedes que el diminuto actor es de lo más discreto que daraz puede, y por nada del mundo consistiría en decirnos nada.

Pasamos a hablar de sus beneficios.

—Ah, sí! Siempre ha arrojado mucho público a ellos. Y me han hecho buenos regalos. ¿A propósito, hombre! ¿A que no sabe usted qué me regaló un amigo en mi último beneficio? ¿A que no lo averigua?

—Un kilo de patatas!

—¡Hombre! ¿Pero es que cree usted que mi amigo es millonario? No; me envió una tarjeta en la que escribió: *Costumbres africanas*, y adjuntó un bono de amor valeroso para ocho días. ¡Claro está que se la devolví!

—¿De veras?

Barreto se ruborizó como colegial sorprendido.

UNA EXCURSION "VERANIEGA". UN EPISODIO DEL QUIJOTE, AL VIVO. VIAJE EN BURRO.

—Y de excursiones veraniegas, ¿qué? —Pues de excursiones veraniegas, nada. Es decir, peor, mucho peor. No he hecho más que una vez verano, pero juro, por todos los Santos de la Corte Celestial, no volver a estar en la tentación.

Pígnense que me cogió Paquito Alarcón, y tras que sé yo cuántas horas de tren, me lleva a Villanueva de la Serena, a un *hermoso teatro*, según él me decía, para *engatusarme*.

El famoso coloso era un corral donde sembraban patatas en invierno, y que en verano se utilizaba para dar representaciones teatrales.

Cuando llegamos a vi aquello, estuvimos a punto de tener Peco y yo una seria cuestión.

Por fin dimos ocho funciones, y nos marchamos a Majadahonda en burro.

—¿Qué me pasó por el camino? Tuvimos que atravesar la hucha de Olen, e involuntariamente recordé el episodio del Quijote, en que el bravo caballero y su servidor fueron derribados por los toros. ¡Y como yo, en la sacrificada cabalgadura, me pareció a Sancho Panza!...

Pues, ¿y luego, cuando en burro y todo a través del Guadiana en una balsa, creyendo que me iba al agua montado en el rucio, que no quería estar quieto?...

—Ay, qué fatigas pasamos! Calculen ustedes cómo sería aquello cuando allí no quedaba creer que yo me llamaré Pedro Barreto y trabajara en el teatro Reina Victoria, de Madrid. Por fin, tras de tres funciones en Majadahonda, regresamos aquí, molidos y asendados, jurando no volver a hacer campañas veraniegas.

COMO SE LAS ARREGLARA?

La intervención ha terminado. Barreto nos pregunta un poco asustado si tendrá interés lo que nos ha contado. Monseñor mira y calla. En el reloj de Gobernación sueñan las dos de la tarde.

Y cuando nos disponemos a abonar la consumación, se levanta Perico, tira de cartera, y ante nuestros asombrados ojos, deposita un papiro de a cincuenta sobre la mesa.

—Acabo de sacársela a mi casero. Trabajo me ha costado; pero al fin...

—Buenos días a punto de desmayarnos. ¡Barreto realiza el milagro de sacar pesetas... ¡hasta al casero!...

EL SEÑOR POLICHINELA

CON LOS HUERFANOS DE LA GUERRA

DE CANNES

A SAINT-JEAN-CAP-FERRAT

EL ALMA DE LA MATERNIDAD NACIONAL

Salimos de la Casa-cuna de Niza, y en un auto que la Dirección de «Los orfanos de la guerra» pone gratuitamente a nuestra disposición, nos trasladamos rápidamente a Cannes. Bordesamos las azulejas y sonrisas de agua de la costa, pasamos ante la florid y engalanada estatua de Eduardo VII y penetramos como una exhalación en un grandioso parque.

Nuestra inopinada presencia ha hecho acudir la alarma en la silenciosa mansión. Abre-se una ventana, luego la puerta principal del chalet, apareciendo una hermosa señorita acompañada de un racimo de niños, que van ensortijándose con las cerezas, formando un pelotón bullicioso.

—¡Visita! ¡Visita! ¡claman los huérfanos alborozados.

En la terraza, resplandeciente de sol, gurgiejan como gorgoros veinte niñas, caucásicas, hasta una centena de niños de tres a nueve años, que en abigarrada pila me miran sonrientes y curiosos, esperando el más mínimo incidente para celebrarlo gozosamente. Es la sanata y fresca alegría de la infancia. Los fundadores de estos orfanatos pueden vanagloriarse de haber tenido con los suaves y apocíopes colores de la dicha el cuadro sombrío de la desgracia. Entre esos fundadores hay de todo. Gentes del pueblo de lo más humilde y aristocráticas de la más alta alcurnia. Sinistros revolucionarios se codean con implacables jueces del Palacio de Justicia. Los señores que me hacen los honores refieren que unos días antes hubieron de presenciar en este mismo jardín un incidente emocionante. El sindicalista Ivoret en-contróse cara a cara con el fiscal M., que tanto se había encarnizado contra él en uno de sus últimos procesos, presentándose como una fiera peligrosa para la sociedad y pidiendo contra él un ejemplar castigo. El asombro del famoso terrorista no fue pequeño al ver avanzar al magistrado con la mano tendida, diciéndole en tono fraternal:

—Olvídense lo pasado. Ante el enemigo y en frente de la santidad de nuestra obra, todos somos unos.

Y el revolucionario, antes furibundo, estrechó con lágrimas en los ojos la mano generosa que antes quisiera destruirle, sintiéndose desde aquel momento convertido en un manso y bonachón francés. Tal es el milagro producido por estas encantadoras almas de la orfandad, capaces de ablandar hasta las piedras con sus tiernas caricias y profundas reflexiones. Hay que verlos cuando lloran, flaquean, sueñan, desgrahados, rotos, zifios, tristes y huraños, como cada madre adoptiva los resuscita, convirtiéndolos rápidamente en rollizos, aseados, elegantes, locuaces y alegres muchachos.

Y para convencerme de ello muéstrame una fotografía de un grupo de cinco hermanitos a la llegada, al lado de otra, un año después. El efecto no puede ser más prodigioso. Parecen otros seres.

—Voy a hacerles una... ¡y al aperibir el aparat, toda la... prorrumpen en tumultuosa algazara de confusión es indescriptible.

—Como pueden ustedes observar a estas ferretils descompuestas... ¡sugiero a algunos auto semejantes invasión.

—Muy bellamente se ve... ¡y a la vez, por fin...

Ha lastado gritar en tono severo unos cuantos nombres, advertir con privar del pasaje a condenar a hacer la guardia al desobediente, para que todos se aplaquen en seguida, esperando pacientemente el retrato.

Entramos en el establecimiento. Al abrir la puerta apercebido a un huerfano llorando sentado en una silla.

—¿Qué tienes?

—¡Me han castigado!—respondió todo compungido.

—¿Qué has hecho?

—Nada, señor.

Acude presurosa la madre adoptiva, y encárgase con él le dice:

—¿Cómo está? ¿Por qué me llamas? Ya sabes que es la quinta vez que maltratas a Totó.

—Cosas de chicos, señora. Perdónese usted. No lo hará más.

De ninguna manera, señora. Totó es el mejor de todos los huerfanos. Durante un mes entero se ha privado de chocolate con su hermanita, preparando chandernamente un paquete para enviárselo a su madre. Y porque todos le agasajamos, este envidioso cruel no osa de golpearle siempre que puede.

—¿Verdad que no lo volverás a pegar?—insisto yo, acariciando al chico.

—No, señor—respondió lloriqueando y al parecer sinceramente atrepellado.

Hago que me presenten la pobre víctima, pidiéndole perdón con nombre de su cruel verdugo, y tras de lograr que los dos se abracen reconciliados, obteniendo perdón, entramos en el comedor.

Nadie diría que hay allí unos sesenta niños contentos. Tal es el orden silencioso que domina en la comida. Invítame a comer con ellos, sirviendo un succulento plato de cordero guisado, con puré de patatas, como plato de legumbres, pan abundante, agua clara y exquisito dulce.

—¿Esto debe suponerse un enorme gasto?

—Sí, señor. Sin los donativos de algunos filántropos, escuálidos con la obra, ya habríamos estado de existir.

Subimos a los dormitorios, quedando encantado de la nota alegremente infantil que se respira por todas partes. Nada que denote ese aire trístico, rígido y vacío de amor propio de los asilos oficiales de Beneficencia. Cuatro camas bien limpias en cada habitación, por cuyas ventanas, abiertas en par en par, entra la luz y el sol del florido jardín a torrentes. Sobre las colchas duermen unas muchachitas de trapo confeccionadas por las mismas niñas. Son sus hijitas. ¿Qué contentas, pienso. Mientras la guerra les arrebató sus padres, ellas se improvisan madres de sus muñecos.

Continuamos la visita; pero el ruido de automóvil que se ha parado bruscamente en la puerta atrae la atención de mis acompañantes. Una sirvienta acude presurosa.

—¿Es él?

Y todos corren hacia la puerta, dejándome solo.

Unos segundos después viene el secretario del administrador a excusarse conmigo, explicándome que aquella visita era para ellos de mucha importancia. Se trata de un anuncio que cada vez que viene al establecimiento para dejar en un sobre cerrado, sin querer dar su nombre, unos cuantos miles de francos.

El misterioso personaje viene con frecuencia, habla poco, besa a los niños con ternecita, dice disimuladamente el sobre y hártese, otro día. Así ha dejado ya para los huerfanos una fortuna.

—Si a usted le parece, terminemos el día yendo a la escuela que tenemos al aire libre, dirigida por un manco peludo.

—Andando.

Al desembocar en el amplio jardín, cuyas exuberantes palmeras se destacan majestuosamente en las azulejas lejanas de la mar rizada, congréganse los niños en dos bandos, unos para ir a la escuela, otros para ir acompañados del doctor a bañarse en la playa.

Todos los muchachos juegan alborozados, buscando tumultuosamente la pareja de fila. Todos, menos dos mozalbetes de siete a trece años, que, huraños, permanecen solos, acurrucados en un banco entre el sombrero follejo.

Los dos huerfanos reflejan en su rostro una expresión de indecible tristeza. Cuando pretendo acercarme a ellos para preguntarles por qué se quedan solos, una de las madres adoptivas me detiene bruscamente, diciéndome:

—¡Oh! No les diga nada. Déjelos.

—¿Por qué?

—El médico nos ha prohibido de importunales. Instintivamente huyen de todo el mundo, aterrados. La visión horrible de sus padres, bárbaramente fusilados en su presencia por los alemanes, les persigue todavía. De cuando en cuando gritan asustados: ¡Papá! ¡Mamá! ¡No los matéis! ¡No los matéis! Y cuando acudimos para consolarlos, se esconden como si fuéramos nosotros mismos los criminales.

Efectivamente; al notar que yo los estaba mirando, se han levantado del banco, y los dos pobrecillos, dándose la mano, se han refugiado tras de unos maticos.

La impresión que me han producido no puede ser más triste y penosa.

Vamos a la escuela. Bajo unos pinos muy altos sientanse los niños en unos bancos, y en un mal tablero colgado de un árbol, el héroe amputado sigue todavía con el yeso y la esponja en la mano, luchando a su manera por la Francia y por la Humanidad.

La lección ha sido muy corta y provechosa. Una lección sin fatiga y en un ambiente embalsamado, con retozones de franca alegría. Ahora se ponen todos a cantar en coro. Una canción de esas que todas las madres, en todos los países, suelen cantar para adormecer a los niños.

Un clamor de dolor inmenso parece escapar de aquellos pobrecitos angelitos.

Y entre mil reflexiones tristes y maldiciendo al bicho, siento una pena profunda al acordarme de los dos huerfanos aterrados que se han quedado solos huyendo de los horrores.

E. PAUL ALMARZA

Saint-Jean-Cap-Ferrat, Septiembre 1918.

NAUFRAGIO DE UN FALUCHO

Varias barcas en peligro

CEUTA 5 (3.20 t.) El falucho Alfonso XIII, de la matrícula de Melilla, ha naufragado en Río Martín.

Se han salvado el patrón, Cecilio López, y los tripulantes José Martínez Gómez y Moisés García, muriendo solamente Juan José Castillo.

El patrón fue recogido víctima de un ataque de enajenación mental por unos pescadores.

A causa del fuerte temporal reinante han tenido que refugiarse en este puerto los faluchos Joven Francisco y 11 más, ignorándose el paradero del Pilar.

El vapor correo ha podido salir, por fin, en curso.

LOS IMPERIOS CENTRALES

El programa de Wilson

PETICION DE UN ARMISTICIO

Hemos franqueado el Suippe Orainville y el Arnes por varios puntos.—Delavigne.

INGLES

LONDRES 6 (2 t.) Oficial de la noche: «Nuestras tropas prusianas hoy con éxito sus operaciones locales al Norte de San Quintín».

